

LA CASA DE LOS LOCOS

Ó CARTA TERCERA

DEL POLÍTICO MACHUCHO

DONDE SE COMIENZA Á PROBAR POR derecho *natural*, *divino* y *eclesiástico*, que los bienes pertenecientes á la Iglesia nunca pueden ser de la nacion, aunque se extingan las Iglesias, Monasterios y Hermandades á quienes correspondan; y que ningun Gobierno civil por legitimo que sea, puede disponer de ellos sin especial donacion y consentimiento de la Iglesia su propietaria; con lo que se justifica á la Regencia del Reyno, que ha mandado restituir dichos bienes vendidos por el gobierno usurpador, haciendo que los compradores los devuelvan á los monasterios *sus legítimos poseedores*.

Con licencia: Sevilla:

Imprenta de doña María del Carmen Padrino 1823.

Ayuntamiento de Madrid

LA CASA DE LOS LOCOS
O CARTA TERCERA
DEL POLITICO MACHUCHO

DONDE SE COMIENZA A PROBAR POR
criterio natural, divino y racional, que los
bienes pertenecientes a la Iglesia nunca pueden
ser de la nacion, aunque se extingan las Igle-
sas Monasterios y Hermandades a quienes cor-
respondan; y que ningun Gobierno civil, por se-
gundo que sea, puede disponer de ellos sin es-
pecial licencia y consentimiento de la Iglesia
su propietaria; con lo que se justifica a la Igle-
sia del Reyno, que ha mandado restituir
dichos bienes vendidos por el gobierno nup-
tor, haciendo que los compradores los devuelvan
a los monasterios sus legítimos poseedores.

Con licencia: Sevilla:

Imprenta de doña Maria del Carmen Padino 1823.

Cádiz 18 de Septiembre de 1823.

Amiigo y muy Sr. mio: con mas gusto y satisfaccion que en el otro día precedente, hemos concurrido hoy á continuar nuestras visitas en esta santa casa del hospicio, por notar ya en nuestros *locos camareros* alguna confusion y arrepentimiento de no haber conocido con tiempo los dislates de su maestro *Montesquieu*, para evitar siquiera el bochorno de ser notados con el sobrenombre de *servilismo*, que tanto aborrecen, ó de *subscriptores imprudentes* á unas doctrinas tan absurdas: asi es que siendo ya importuno el machacar sobre este asunto, les mandó mi maestro pasar por ocho dias á la sala de los convalecientes, y nos retiramos con el loco acompañante para pasar á otra cuadra, donde nos avisó el loquero que se hallaban varios enfermos de mucha gravedad y en grado tan superlativo de locura, que habia sido preciso echarles la cadena. Entramos con efecto en la sala, y quando esperábamos ver en ella *locos escritores y lectores*, ó *Soberanos sin camisa*, como en las otras, nos encontramos con unos hombres gritadores y desesperados; pero tan bien vestidos y perfilados, que sin embargo de su frenesí, tenian buen cuidado de no rasgarse la ropa, como hacen todos los locos, por no perder siquiera una hilacha de todos sus bienes: malo, dixo D. Crispin; esta sin duda es gente ambiciosa, y de aquella clase no muy escrupulosa, á quien las pérdidas duelen mas que la locura, y con quien únicamente anduvo Jesucristo á latigazos, por querer hacer sus negociaciones hasta en el templo Santo, y tirar, si se ofrece, el diez por ciento aun de las mismas palabras. Se parecen á aquel muchacho gallego, que mandándolo sus padres á las Andalucias á pie y descalzo para buscar acomodo, le pidió dos cuartos á un harriero por subirse en uno de los mulos que él le ofreció movido de compasion, al verlo tan cansado en su penoso viage,

A esta buena gente se acercó, pues, no sin algun susto, por advertirle el loco comitante que si se descuidaba un poco,

se quedaria hasta sin peluca à cuenta de suministros & papel sin premio. No es eso lo peor, añadió el loquero, sino que están hoy furiosos y tan iracundos, que si cogen á alguno entre sus uñas, no hará muchos huesos viejos, porque yo no sé qué papeles han recibido por el correo, que se van quedando como los perros chinos de tirarse de las greñas: pidámosles el pulso no obstante, contestó D. Crispin. á ver si conocemos por él la causa de su enfermedad, porque segun las señas que Vd. me dá, mas me parece desesperacion, que locura. ¿Que tiene Vd? preguntó al primero que se hallaba en la sala. No tengo lo que tenia, respondió él algo colérico y zocarron, porque ayer me hallaba con seis casas compradas al gobierno constitucional por lo que yo quise dar, y ahora me encuentro sin ellas, despues de haberlas puesto de modo que quitaban cuatro penas al ver-las. *Eso tiene*, dixo el loco acompañante, riéndose á carcajadas, *el que dá pan á perro ageno*; pues ya sabe Vd. *que pierde el pan y pierde el perro*: lo malo es, contestó el paciente, que voi perdiendo tambien la cabeza, si es que no me la rompo ántes contra esta esquina; pues hasta el héroe de ellas, en quien teniamos toda nuestra esperanza, hemos sabido hoy que ha caído en la gayola para soltar la suya muy pronto con gran pérdida de la madre patria y de sus verdaderos hijos que tendremos que adorar de aqui adelante á ese zancarron apostólico en la Meca de nuestras desgracias. Para eso tiene la felicidad, repu-so el loco viejo, de que el demonio está esperándolo, para darle el pago de su mision: que tanto fruto ha hecho en Vd. y en otros muchos ambiciosos devotos. Dexémonos de palabras inútiles, dixo el Doctor. y vamos á ver ese pulso. Tómeselo Vd. al decreto de la Regencia, si es que ha comprado alguna finca de la Iglesia, respondió el loco, y veremos qué remedio dá para curar la causa de nuestras dolencias. Ese es muy facil de atinar, dixo el loco viejo; y pues ya ha llevado Vd. la davorativa, no queda otra cosa que el purgante y el emético, para que se purifique su estómago, y vomite ó purgue lo que tan mal ha comido.

Pero fuerte cosa es, contestó el loco comprador, que despues de un decreto del Rey autorizando estas ventas, y de unas doctrinas que ya nadie ignora sino los antiquillos salvages, de

5

que los bienes de la Iglesia, son propios de la nacion como hizo ver Mirabeau, ahora ha de salir otro gobierno, que llaman legitimo, anulando quanto han hecho las Córtes en esta materia: esta es nuestra verdadera enfermedad, y no la locura que se nos supone; bien que tampoco seria muy extraño que perdiésemos el juicio, despues de la injusticia que se ha hecho con nosotros. ¿injusticia, contestó el Doctor; quando todos saben el modo tan injusto y violento con que se hizo sancionar á S. M. el decreto de la extincion de los Monacales y conventos religiosos con la secularizacion y enagenacion de sus fincas? ¿Injusticia, quando ni los perros de la calle pudieron ya ignorar que todos estos planes asoladores fueron trazados y executados para destruir la Iglesia y la Religion, por una secta impia que los acabó de perfeccionar en Baviera á fines del siglo pasado; los ensayó en Francia pocos años despues, y los acaba de reproducir en nuestra España, con una total ruina de los ministros del altar y de lo mas sagrado y respetable de quanto adora la piedad cristiana? ¿Injusticia, por último, llamais el reintegrar á los propietarios legitimos de unos bienes, que les pertenecen por *derecho natural, divino, canónico y civil*, y de que fueron despojados sacrílega y violentamente por unos usurpadores impios y revolucionarios, valiéndose de la autoridad forzada del Monarca, para encubrir sus usurpaciones? ¿Quién pudo desconocer de buena fe que todos los actos producidos por estos antecedentes, eran nulos por su naturaleza con una total responsabilidad por parte de aquellos que participaron de tales robos y usurpaciones de qualquier modo que hubiesen venido á sus manos?

Pero supongamos por un momento que la sancion y decreto del Rey hubiese sido libre y espontáneo; y no arrancado con violencia alguna, ¿serian acaso válidos los tales actos en el fuero de la conciencia? ¿Os hallaríais escusado por eso de restituir al propietario legitimo los bienes que comprásteis al usurpador, luego que llegáseis á convenceros de que eran robados, por mas que todos los Monarcas del mundo autorizasen con su firma la tal usurpacion y robo? ¿No sabeis, que aunque nunca es lícito al vasallo levantarse contra su Soberano legitimo ni desobedecer sus leyes, por malo, duro y perverso que sea; no

le es permitido tampoco obedecer aquellas que fuesen contrarias al derecho natural ó divino, ó á la ley eterna de la justicia, hasta desrramar su sangre, como hicieron los mártires, por no consentir en la infraccion de estos derechos? Pues si esto debería suceder quando la ley injusta del Soberano se obligase violentamente á unos actos tan ilícitos, ¿cómo los habeis practicado sin estrecharos ley alguna, solo por satisfacer vuestra codicia? ¿Os mandó por ventura el Rey, ó el gobierno usurpador de sus derechos, que compráseis las tales fincas? ¿Os ha apremiado á ello algun tirano con el puñal ó con el suplicio? ¿Podrá salváros ante la ley de Dios ni de los hombres el que el Monarca autorizase con su decreto una usurpacion tan manifiesta? ¿Os excusaría de restituir las alhajas compradas al ladron, el que aprobase con su firma y justificase dicho robo el Soberano por un Real decreto, por mas libre y espontáneo que fuese? Es verdad que podreis decirme, como lo repiten vuestros compañeros, que esa obligacion de restituir no nace en el comprador sino del conocimiento cierto ó dudoso que éste tiene del robo ó del ladron, y que hasta tanto que no nos conste de ser las alhajas robadas ó de ser un usurpador de ellas el que nos las vendió, no está obligado alguno á devolverlas á su dueño, infiriéndose de aqui tambien que mientras yo no pruebe á Vd. ser una verdadera usurpacion la de las fincas que ha comprado, estará excusado de restituirlas, y podrá llamar injusto á ese decreto de la Regencia. Pudiera contestar á Vd. sin temor de errar en lo mas mínimo, que á excepcion de unos pocos hombres de probidad que compraron algunos bienes sagrados para conservárselos á las Iglesias y Monasterios donde pertenecian, no habrá tal vez alguno más que haya comprado de buena fe, y con ignorancia invencible de la ilicitud con que lo hacía. Yo á lo ménos me atrevo á decir, repuso el loco acompañante, que si las fincas hubieran sido de algun seglar, aunque fuese un Pedro Fernandez, hubieran estos nénes dado tantas vueltas, hubieran tomado tantos informes y tantos consejos de personas graves, y se hubieran asegurado tanto ántes de comprarlas; que jamas se hubieran llamado engañados, segun se observa en ellos con respecto á qualquiera negociacion en que media siquiera un ochavo mohoso; pero

como los bienes eran de la Iglesia, á quien tanta gana tienen de heredar en vida, y les habian persuadido los pícaros que el sistema de la usurpacion *no podia jamas ser arrancado de la nacion ni aun con palancas*, no quisieron perder la ocasion de enriquecerse á poca costa, aunque se perdiese el *negocio del alma, por el alma del negocio*. ¿Qué buena fe, pregunto, sería la de aquellos escrupulosos que compraron conventos enteros para derribarlos y vender los escombros con el ánimo tan solo de quitar el nido á las golondrinas, como ellos decian, para que nunca pudiesen empollar mas huevos? Si señor, bonitos son estos angelitos, para dexarse engañar en materia de intereses: tan léjos creo que estaba qualquiera de ellos de ignorar ó de dudar á cerca de la licitud ó ilicitud de sus compras; que si hubiera venido todo el colegio de *propaganda fide* con todos sus misioneros pretéritos y futuros para persuadirle que era pecado grave la tentacion de comprar en que habian caído, se hubieran reido á carcajadas de sus sermones, con tal de engordar el bolsillo ó las gavetas. Es tan verdad todo eso, añadió el Doctor, que por mas consejos que yo di á muchos sobre este punto, ellos se quedaron con sus intenciones á cuestas, y á esta hora no ha quedado cortijo ni casa que no hayan comprado, expiando los mas escrupulosos esta ligera culpa con una poca de agua bendita, y algunos ochavillos que dan algunos dias á los pobres en las puertas de sus casas, pero yo que soi mas sincero y no puedo hablar sino la verdad desnuda, voi á demostrar á Vds. señores míos la certeza y evidencia de lo que aparentan ignorar, para hacerles ver la obligacion de restituir los bienes comprados, que les ha enseñado la Regencia con harta justicia y sabiduria.

Aunque este es un punto propiamente teológico, y en algun modo ageno de mi profesion y de los asuntos políticos, que solo me he propuesto en estas conferencias; se halla sin embargo, en el día tan enlazado con ellos, y hace tanto papel en el sistema de las nuevas constituciones y opiniones de los convencionistas; que es preciso tocarlo primeramente baxo este aspecto, sin dexar tambien de hacerlo canónicamente para mas corroborarlo. Considerando, pues, este negocio política y filosóficamente, y con respecto al *derecho natural y de gentes*,

debo ante todas cosas decirlos que es tan inherente y esencial al hombre la propiedad natural de sus bienes, como lo son los talentos y miembros, conque adquirió los dichos bienes, riquezas y propiedades; porque si yo, v. g. edificué una choza, desmonté y labré la tierra, planté una viña ó sembré una parte del terreno inculto, que se presentó à mis ojos sin dueño en el principio del mundo; la misma ley de la naturaleza nos está claramente dictando no ser justo ni razonable el que se apropie aquellos bienes otro que nació posteriormente, ó un holgazan inútil, que sin el trabajo y sudor que yo he derramado, venga con sus manos lavadas à posesionarse de ellos. Si yo asimismo soi un hombre mas activo y laborioso ó con mas ingenio que otro, y por estas desigualdades naturales voi adquiriendo algunas riquezas; no hay ley alguna divina ni humana, natural ni positiva que pueda dictar ni mandar el que me las arrebatte un ocioso ó inepto, que por su floxedad ó poca disposicion, jamas pudo adquirir un ochavo: asi es que las *propiedades naturales* nacen de las *desigualdades naturales* de cada uno; y en probando éstas, segun hemos demostrado por la misma naturaleza, ya está tambien probada la existencia de las otras.

De estos principios tan inconcusos se deducen otros muchos no ménos ciertos é incontestables. *Primero*: que si yo adquiero por derecho natural la propiedad y dominio sobre los dichos bienes, no hay poder ni autoridad alguna sobre la tierra que me pueda despojar de ellos lícitamente. *Segundo*: que solo el derecho mismo natural, pero mas fuerte y elevado por su objeto y circunstancias, será el que podrá obligarme à contribuir con parte de estos bienes; y asi vemos que está obligado el vasallo á ceder algun tanto de sus haberes para conservar el Estado, salva siempre la subsistencia propia; porque en concurrencia de dos derechos de un mismo orden, pesa mas la existencia propia, que la conservacion de otros individuos, à no ser que se mezclen en esta concurrencia de derechos unos objetos y relaciones de tan superior orden por parte de la sociedad y del Estado, que deba sacrificarse entonces hasta la propia existencia; como si se esperase ciertamente la ruina total del Estado, ó la pérdida de su di-

vina Religion, si yo no diese la vida y todos mis bienes; porque en todo caso pesa mucho mas el bien general absoluto, ó la existencia de la Religion y del Estado, que la vida y todos los bienes de un solo individuo. *Tercero*; que solo el Ser Supremo, como autor único de la naturaleza y dueño absoluto de todos mis bienes, es el que puede no mas despojarme de ellos quando fuere servido hacerlo por sí mismo, ó por una ley tácita ó expresa, qual es la que llamamos *ley divina natural ó positiva*. *Quarto*: que fuera de estos casos, y no mediando semejantes circunstancias, que nacen propiamente de las tales leyes; no tan solamente tengo yo una propiedad absoluta, un derecho firme y un dominio constante sobre dichos bienes; sino que puedo tambien, por lo tanto, enagenarlos, venderlos, permutarlos, prestarlos y darlos à quien me diere gana, y este adquirirá sobre ellos el mismo dominio y propiedad que yo tenia, por cuanto le transfiero espontáneamente todos los derechos que poseía sobre estos bienes, porque como dicen muy bien todos los publicistas, jurisconsultos y políticos, tanta es la fuerza de la propiedad y dominio, que se puede transferir à otro con la misma fuerza y estabilidad que residia en el propietario: *ea vis est dominii, ut in alium transferri potest*. *Quinto*: que si por mi muerte hiciere de ellos donaciou à qualquiera persona, comunidad ó corporacion, ya sea civil, ya sagrada; adquirirán éstas una propiedad y dominio tan absoluto y perpétuo como yo tendria mientras viviese; porque los actos y determinaciones externas de la voluntad están siempre vigentes y en su primera fuerza, entre tanto no se retraten por el que las hizo; y como esto no pueda verificarse en semejantes donaciones, por haber ya fallecido el donante; síguese precisamente que el testamento hecho por qualquiera, juntamente con todas aquéllas cláusulas y condiciones esenciales que en él se expresen, tienen un vigor perpétuo é inmutable, mientras existiere la cosa donada por el testador, que tenía sobre ella la propiedad y dominio legítimo. Por esta razon dice el Apostol *que el testamento no tiene alguna fuerza sino por la muerte del testador; pues de otra manera no puede ser permanente y válido mientras que viva el que lo hizo*. *Ad Heb. C. 9. v. 17.*

Sentados todos estos principios incontestables, establezca-

mos otros no ménos ciertos y concernientes à nuestro asunto. No hay ciertamente algun cristiano que pueda ya ignorar, por mas que asi lo afecte como el impio y sacrilego *Volney*, que el fin primario y principal para que Dios crió al hombre y lo colocó en este mundo, fue para que le amase, sirviese y adorase en la vida presente, y le gozase y glorificase despues en la eterna, disfrutando para siempre de la bienaventuranza verdadera que solo debe hallarse en la vision beatífica del Ser Supremo, porque de otra suerte quedaría el hombre en la esfera de los demas animales, que no conocen mas felicidad que sus deleytes terrenos, ni esperan recompensa alguna de sus trabajos.

Para conseguir, pues, un fin tan alto y elevado, le adornó el Señor de todas las potencias y facultades necesarias, y de aquella voluntad y libre albedrio que era conveniente para merecer por su parte tan alta y suma felicidad ayudado de la gracia. A este mismo fin le dió juntamente el auxilio de las criaturas terrestres y aun el de los mismos Angeles, à quienes destinó tambien à su custodia y servicio. Para esto finalmente, le constituyó en sociedad, donde por medio de unas leyes y reglas humanas procedentes de las naturales y divinas, se ayudasen mutuamente los hombres, se defendiesen de sus enemigos, se protegiesen recíprocamente en sus necesidades, y conservasen el órden y la armonia, que eran indispensables para caminar rectamente al fin eterno de su creacion.

Esto, si bien se mira, es tan conforme y arreglado no solo à la revelacion; sino tambien à la misma razon y luz natural; que Dios ciertamente no hubiera sido justo, si hubiese criado al hombre, que es la mas alta, perfecta y hermosa de todas sus hechuras humanas, para otro fin ménos elevado que lo confundiese con las bestias; porque disfrutando muchas de éstas mas comodidades, y careciendo de los trabajos y desgracias que cercan à los mortales sobre la tierra; serian sin duda aquellas mas felices, nobles y dichosas que el mismo hombre criado à imagen y semejanza del Ser Supremo.

De aqui se sigue necesariamente que al formar el Señor à nuestro primer padre, y al multiplicar su descendencia, tuvo por objeto primario el fundar la república espiritual de su

Iglesia y establecer en ella sus divinas leyes, tanto naturales, como positivas, con las que se gobernase este cuerpo místico, que debia mirar tan solo à Dios y dirigir al hombre inmediata y primariamente à servirle, obedecerle, adorarle y gozarle para siempre. De suerte, que todo lo demas que ayudase à ésto, debia considerarse como accidental y secundario, y como un medio para alcanzar aquel fin esencial y principalísimo.

De todo esto se debe deducir precisamente que aun no formaban los hombres el Estado, ni éste tenia todas las circunstancias necesarias para serlo, hallándose aquellos todavia reducidos à la esfera de una simple familia, quando ya habia congregacion de fieles unidos por la caridad y dedicados al honor, culto y servicio de Dios, que es lo que propriamente se llama Iglesia.

À proporcion que los hombres se iban multiplicando y formando sociedades ó Estados civiles con su cabeza ó Gefe, por medio de los Patriarcas y sus Tribus, que les daban el origen, la congregacion de los fieles ó la Iglesia universal era siempre una é indivisible, como hasta el dia, extendiéndose cada vez mas, à proporcion que se aumentaba el número de los hombres y sus sociedades civiles, y comprehendiendo siempre à éstas en su seno, baxo la direccion de un solo Gefe supremo y de unas leyes divinas, que las encaminaban al fin para que el Señor habia criado y multiplicado sus miembros. Por eso vemos que habiendo ya en el mundo muchas Repúblicas y Estados civiles separados enteramente los unos de los otros, y sin dependencia alguna de una comun y sola cabeza; no hay mas que una sola Iglesia universal dependiente de un solo Gefe. De aqui es, que ni pueden los tales Estados dexar de ser particulares con respecto à la sociedad política, ni comprehender en sí à una congregacion y república espiritual, que es universal é indivisible con relacion à la sociedad cristiana, puesto que ella incluye en su seno à todos los fieles y justos que componen los Estados civiles católicos del universo, y ya sabeis ó debeis saber por una lógica natural que las ideas ó entes universales no pueden comprehenderse de modo alguno dentro de los particulares; y decir lo contrario, sería tan absurdo como asegurar que el mar podia incluirse dentro

del Tajo ó del Guadalquivir, ó el mundo entero comprehenderse dentro de la Europa, ó de cualquiera de sus naciones. Es verdad que numeramos muchas Iglesias distintas, conforme à cada reyno ó provincia donde se hallan; pero todas ellas son parciales y particulares tan solamente, y unidas siempre à una sola cabeza y pastor comun que las gobierna todas, y las hace inseparables de la unidad que componen.

Baxo estos principios tan inconcusos debemos creer firmísimamente que tanto en la ley antigua, como en la Evangélica dió el Señor à esta su Santa Esposa todas las leyes necesarias para su arreglo y economía, y amplísimas facultades para declararlas, confirmarlas, ó variar sus circunstancias accidentales, en quanto conviniese al orden, utilidad y fin de la salud espiritual de sus hijos y à la variedad de los tiempos; porque de lo contrario, era necesario decir que hubiera faltado en Dios su cuidado y providencia con respecto à la parte mas noble y principal del hombre, que es el alma, y habria hecho à su república espiritual y divina de peor condicion y dignidad que las humanas, donde no carecen sus Gefes de tales privilegios y facultades.

Debemos creer asimismo que como solo Dios es el autor y criador universal de todos los espíritus; él solo es el que tiene sobre ellos la autoridad y dominio universal, y el que pudo constituir y constituyó efectivamente leyes y Gefes, dándoles sus mismas facultades y poderes universales para el arreglo de esta sociedad, que es puramente espiritual é independiente en este punto de todas las potestades humanas, que por la generacion corporal, solo tienen autoridad sobre los cuerpos. En efecto, puso Dios en su Iglesia, dice Sn. Pablo 1.^a ad Corint. c. 12. v. 28, *Apóstoles y Profetas, Doctores y Gobernaciones, con todo lo demas que era necesario para la edificacion y economía de este cuerpo místico.* La concedió juntamente todos quantos auxilios y socorros, asi espirituales, como temporales eran precisos para su conservacion y existencia. La dexó para este fin no solamente sus dones y gracias, sus Sacramentos y virtudes; sino tambien los diezmos y primicias de los frutos, que gratuitamente daba à los hombres, con las demas ofrendas y dones que éstos consagrasen voluntariamente à su Criador, ya

en reconocimiento de su supremo dominio, ya para satisfacer por las ofensas hechas contra su divina Magestad, ya para su culto y servicio y ya finalmente para la sustentacioa de sus ministros, que estaban destinados al desempeño y cumplimiento de estas sagradas obligaciones. Por esto quiso que asi como en las repúblicas y gobiernos civiles solos sus Gefes y ministros son únicamente los dueños, depositarios y distribuidores de sus riquezas, bienes é impuestos que son necesarios para la subsistencia del Estado, asi en la república y gobierno espiritual de su Iglesia, solos sus Gefes, Pastores y ministros fuesen igualmente, en nombre de Dios y por autoridad divina, los dueños, los depositarios y los administradores de todos sus bienes y riquezas, y de todas aquellas oblaciones y donativos voluntarios que hiciesen sus miembros para la subsistencia de este Estado espiritual ó místico. Por estas mismas causas y fundamentos quiso tambien, y era muy conforme à razon, que asi como ningun poder y autoridad, aunque sea la de la Iglesia, puede lícitamente intervenir ni apropiarse los bienes del Estado civil, ni mezclarse tampoco en su administracion y gobierno; asi no hubiese autoridad ó poder alguno, aunque fuese el del Estado, que pudiese apropiarse, intervenir ó administrar arbitrariamente los bienes de la Iglesia, por ser estos dos gobiernos y autoridades distintas entre sí, y emanadas del mismo Dios, aunque por diferentes medios, que si bien deben protegerse y auxiliarse mutuamente; no debe mezclarse cada una en el arreglo y gobierno de la otra; pues de otra suerte era necesario creer que el Señor habia formado su república y sociedad espiritual ménos noble é independiente que la civil, y que dexaba constituida en esclava á *aquella Santa y celestial Jerusalem, que es la esposa legítima del Cordeiro, y madre principal de todos los creyentes.*

Es verdad que el reyno de Dios no es de este mundo, en frase del mismo Jesucristo *Joan. c. 18. v. 36*: quiere decir; que es un reyno puramente espiritual, y de ningun modo sujeto à las necesidades y bienes temporales, que solo son propios del estado temporal, segun dicen los modernos sofistas; pero este mismo reyno, que por su objeto y fin, por sus constituciones y leyes, por sus Sacramentos y ceremonias, por su

disciplina y policía, por su institucion y gobierno, y por sus prácticas y costumbres confesamos que no es propiamente terreno *ni de este mundo*; no podemos negar que está y existe en este mundo, donde las necesidades temporales acompañan y siguen siempre à las espirituales sobre que él se versa. Por esta razon no puede carecer de bienes y riquezas propias para la gloria y culto del Señor, para el adorno y magnificencia de su Santa casa, para los gastos y decencia de sus sacrificios y para la sustentacion de sus ministros empleados en todos estos ministerios, que siendo de carne y hueso y tan hombres como todos los otros; deben por su naturaleza hallarse tan necesitados como los demas de comer, vestir y tener quien les sirva, para vacar ellos à su ministerio mas libres y desembarazados, que eran los fines que se propuso el Señor en la ley antigua en la imposicion sagrada del diezmo, primicia y demas oblaciones que se mandaban hacer à los fieles.

Con estos fundamentos y presupuestos tan sólidos é inconcusos, desenvolvamos ya esta cuestion, que solo algunos genios perversos y mal intencionados han querido agitar en estos últimos siglos, para despojar à la Iglesia de sus bienes, y desnudar à la Religion católica de todos los auxilios y medios con que se mantiene sobre la tierra. Supongo en primer lugar que los bienes y dotaciones pertenecientes à la Iglesia en general por el pago de los diezmos, despues de ser en la substancia de derecho natural y divino, segun probaremos en adelante, tienen ademas la especial aceptacion del Señor y la consagracion hecha à su Magestad divina, y por lo tanto, son exclusivamente suyos, como repetidas veces lo tiene declarado por si mismo en sus Santas Escrituras, y por el oráculo de su Iglesia, à quien prometió solemne y perpétuamente la infalibilidad y el acierto, y su asistencia constante en todas sus decisiones.

Son exclusivamente suyos y de su república espiritual; porque siendo de derecho natural que el Criador y dispensador absoluto de todos los bienes pueda reservar para sí los que fueren de su agrado, como propios que le son todos ellos esencialmente; ha tenido à bien por lo tanto el Señor, que nos los ha dispensado todos, quedarse con sola esta parte para su

culto y servicio. *Son exclusivamente suyos y de su Iglesia;* porque siendo tambien de derecho natural que el que sirve en algun ministerio reciba de su Señor la cógrua sustentacion que le es debida por su trabajo; ha querido Dios por este motivo dotar à sus ministros sagrados principalmente por medio de estos fondos é impuestos, que ha destinado para el efecto desde el principio del mundo. *Son exclusivamente suyos y de su Iglesia;* porque siendo de derecho natural y divino que el hombre sea reconocido à su Criador, y que le tribute en su obsequio algunas ofrendas y dones de tantos como le ha dispensado, para que así pueda mantenerse en la tierra la adoracion y culto externo que le és debido en reconocimiento de su supremo dominio; ha querido Dios aceptar en la tierra esta clase de bienes y oblaciones por medio de sus ministros, à quienes ha constituido el Señor representantes y apoderados de su voluntad santísima para el cumplimiento y desempeño de estos cargos. *Son exclusivamente suyos y de su Iglesia;* porque siendo de derecho natural que en toda república ó Estado, de qualquier clase que sea, contribuyan todos sus miembros à sostenerlo con sus haberes y auxilios; y que solo sus Gefes y ministros públicos tengan la administracion y dispensacion de estos fondos; no ha de ser de peor condicion la república ó Estado espiritual, que fundó Dios por sí mismo, con total independencian de todo gobierno temporal, como que era tan superior à todos ellos, quanto lo es el alma respecto del cuerpo, lo eterno respecto de lo temporal, y lo divino respecto de lo humano. *Son exclusivamente suyos y de su Iglesia;* porque siendo de derecho natural y divino que en todas las repúblicas, sociedades y Estados haya una Religion divina à independiente de ellos, que una y enlace á los hombres por medio de su culto, que los gobierne espiritual é interiormente y que les prescriba unas reglas invariables y eternas para la consecucion de su último fin, y para la mayor armonia y arreglo de la sociedad; faltaria sin duda todo ésto, si los bienes y fondos, con que se sostiene el culto de esta Religion y la sustentacion de sus ministros, estuviesen dependientes de un gobierno civil y terreno, que pudiese usurparlos segun sus caprichos y pasiones, como se ha visto en nuestros

tiempos por el de una secta revolucionaria é impia. De aqui es, que hasta los mismos gentiles y hereges no han osado jamas tocar à los bienes consagrados à sus falsas ó verdaderas divinidades, ni se ha oido en alguna nacion por bárbara que fuese, semejante desacato, hasta que los gobiernos de los filósofos, que se llaman cristianos, se han atrevido à cometerlo descaradamente en los Estados mas cultos y católicos de la Europa. Para confusion de estos impios sectarios, sirva de exemplo, por todos los demas, la conducta religiosa que tuvo sobre este punto uno de los Reyes mas obcecados. que se han conocido entre los apóstatas de la fe católica. *Alarico*, aquel Monarca Godo arriano, que en la exáltacion de su cólera y orgullo de sus victoriosas armas, marcha sobre Roma para vengar en ella à sangre y fuego el insulto hecho à sus tropas por los Romanos, que despues de ajustada la paz, las habian invadido contra las leyes de la guerra; encarga y manda à sus soldados con todo rigor y severidad, al llegar à la puerta de la ciudad, que no tocasen à la menor cosa de aquellas que estuviesen dedicadas al culto de Dios y al ornato de sus templos. Si leemos sobre este pasage à nuestro Pablo Orosio, Salviano, Sozomeno de Salamina, Sn. Isidoro de Sevilla y demas escritores de aquel tiempo, no podremos ménos que arrebatarnos de un dulce consuelo y alegria, al considerar las disposiciones y piadosos sentimientos de este Godo, al encontrar en una casa particular las alhajas preciosas del templo de Sn. Pedro, que los fieles habian alli depositado, como en un lugar mas oculto y seguro: *no vine, dixo el Monarca, à hacer guerra à los Santos, sino à los Romanos: tomen mis soldados lo que es puramente del enemigo, y lleven por sí mismos à Sn. Pedro lo que sea del Apostol: asi se vió que Romanos y Godos, como si fueran amigos, llevaban sobre sus cabezas las alhajas de oro y plata, cantando sagrados himnos por las calles de la ciudad, hasta depositarlas en la Iglesia del Santo Apostol, y protegiendo esta devota procesion aquellas mismas armas ensangrentadas, que se ocuparon hasta aquel momento en asolar la Capital del Imperio. Últimamente, son exclusivamente de Dios y de su república espiritual los dichos bienes; porque siendo de derecho divino y natural la sustentacion de nuestros her-*

manos los pobres desvalidos y enfermos; ha confiado siempre el Señor desde la ley antigua el desempeño de estos cargos à su Iglesia, haciéndola depositaria y administradora de estos sagrados fondos para semejantes objetos y los demas que llevamos referidos.

De aqui resulta que por lo que hace á estos bienes, no hay Estado ni gobierno alguno que pueda producir un derecho legítimo à su propiedad, administracion y usufruto, mientras que la Iglesia no se lo dé ó permita por justas causas. Resta ver ahora si lo tiene tal vez à aquellos bienes y donaciones hechas por algunos fieles à las Iglesias particulares y monasterios, asi para su fundacion y dotacion de sus ministros; como para mantener el culto del Señor en ellos y demas santos fines que se hayan propuesto. Caminando, pues, sobre los principios ya establecidos, decimos abiertamente que los dichos bienes ni pueden jamas ser del Estado, ni este apropiárselos en tiempo alguno, ni administrarlos ó usar de ellos sin licencia ó beneplácito de la Iglesia. *Primeramente*; porque habiendo tenido sobre ellos el donante una propiedad y dominio exclusivo y absoluto por derecho de naturaleza, segun hemos demostrado; pudo sin duda alguna, con el mismo derecho, disponer de ellos à su arbitrio, permutarlos, enagenarlos y donarlos à quien quisiese, no pudiendo fuerza alguna impedirse-lo sin atacar el derecho natural y la propiedad legítima: y si esto pudo hacer tan libremente con los hombres, mucho mejor pudo hacerlo con Dios, à quien los consagraba en su culto y en la sustentacion de sus ministros. *En segundo lugar*; porque adquiriendo el *donatario* sobre los bienes recibidos la misma propiedad, derecho y dominio que tenia el *donante*, ántes que se los traspasase; no hay poder alguno que tenga facultad en la tierra para despojarle lícitamente de estos derechos, sin violar la ley de la naturaleza y todas las divinas y humanas que se conocen entre los mortales: y si el practicarle asi con los hombres sería una violencia, usurpacion y despojo injusto; cuánto mayor lo será el practicarle con Dios, que es el donatario propio, legitimo y principal de los tales bienes? *En tercer lugar*; porque no pudiendo rescindirse contrato alguno sin consentimiento de las partes contratantes; y siendo

éste un contrato de donacion, con todas las qualidades y circunstancias que lo perfeccionan y legitiman; nadie puede anularlo en este mundo, si Dios que es el principal aceptante, ó la Iglesia que es su apoderada, no lo deshacen espontáneamente, para que vuelva la cosa donada à su primer dueño, ó á quien tuviere sus poderes: y como en esta clase de donaciones ni el *acceptante* ha dado á alguno sus facultades para ello, ni el *donante* tampoco ha conferido sus poderes à persona alguna para reclamarlas despues de su muerte; síguese precisamente que por la misma ley de la naturaleza y por todo derecho divino y humano es irrescindible este contrato, mientras no lo anulen las partes contratantes por unos actos positivos de la voluntad, que sean contrarios à sus primeras terminaciones. *En quarto lugar*; porque siendo éste además un contrato oneroso por medio del qual se obligan los ministros del Altísimo á cumplir aquellas cargas espirituales que les impuso el donante para satisfaccion de sus pecados, y están anexas à los bienes donados; nadie podrá despojarles de ellos sin contravenir al derecho natural de la propiedad y de la justicia, privando al *donador* de aquellos sufragios que dexó à favor de su alma, con sus bienes propios y naturales. *Últimamente*; porque siendo dichos bienes *espirituales y sagrados*, por estar ya ofrecidos y dedicados al culto de Dios, y aceptados por el Señor, por el órgano de su Iglesia ó de sus ministros, ningun poder hay en la tierra que tenga facultad para hacerlos realmente profanos secularizándolos de todo punto.

Probada ya y desenvuelta esta cuestion civil, política y filosóficamente, ó en quanto está à el alcance de la luz natural; resta ahora que la desenvolvamos teológica y canónicamente, segun os prometí en el principio; y aunque esto parece que es ageno de mi profesion y estado; quiero haceros ver que he estudiado tambien estas materias con algun provecho, ántes de dedicarme à la facultad que hoy exerzo, y que no será importuno que quando hasta los mozos de café peroran sobre ellas en las concurrencias y asambleas de los pisaverdes y necios para seducirlos; yo me arrogue, para desengañaros, un derecho que me concede la necesidad presente y las luces

de un siglo, en que dogmatizan y predicán sin mision alguna, hasta los mismos burros con el título de oradores. Traslando sinó, dixo el loco comitante, à ese apostol de la Andalucía, ó misionero de los cafés, el reverendísimo Fr. Rafael, cuyos sermones han hecho tanto provecho en su bolsillo, como perjuicio en los nuestros, y cuyas admirables producciones solo probarán á su favor, que aunque ellas parecian heréticas, él nunca podía ser herege formal, por ser necesario para ésto el que uno sea hombre racional: pues la Iglesia nuestra madre ningun anatema ha fulminado contra los asnos y bestias feroces. Ese consuelo siquiera nos queda á los demas, que hemos seguido sus pasos, dixeron los otros locos, quando la Iglesia y el gobierno trate de castigarnos. Pero son tantas vuestras fechorias, contestó el acompañante, que os sucederá lo que al otro que le pegaron el tiro; pues preguntado por el Juez de dónde habia venido, le respondió él con mucha flemma diciendo: lo esperaba por tantas partes; que me es imposible designar alguna fixa y positivamente: esta es la razon porque yo creo que se cansa el Sr. Doctor inutilmente y no hará mas que predicar en desierto mientras no hubiere otro auditorio ménos obcecado con unas pasiones é intereses que os hacen inaccesibles à toda reflexion y convencimiento. Si este no se pudiere conseguir de los Señores, dixo D. Crispin; yo en todo caso habré cumplido con mi obligacion en manifestarles la sana doctrina que deben seguir; para que si en ellos no produjere el fruto que deseo, lo produzca al ménos en los demas corazones rectos y sinceros que me escuchan, confirmando á los verdaderos católicos en los sólidos principios de nuestra Religion Sacro Santa, por medio de la autoridad divina y declaracion de la Iglesia, que es el intérprete y oráculo mas seguro de ella.

Para tratar, pues, este punto con la solidéz que corresponde, no debeis olvidar aquellos fundamentos y máximas que establecimos al principio sobre el fin para que crió Dios al hombre, sobre el origen é institucion de esta Iglesia, y sobre las facultades que dió su divino autor y fundador á su cabeza visible y demas Gefes de esta república espiritual, para decidir sobre las controversias de la fe y de la moral, para ar-

29
reglar su disciplina y gobierno, administrar sus rentas y disponer de sus bienes independientemente del Estado, como que era por su objeto, constitucion y establecimiento un Imperio distinto y libre del temporal en todo lo concerniente à la salvacion de los hombres. Por esta causa dixo el mismo Jesucristo que si alguno no oyese à la Iglesia, ó à la voz de sus Pastores y Gefes, fuese tenido **por un gentil ó un publicano** Math. c. 18. v. 17. Esto solo basta **para** juzgar acertadamente de la creencia y catolicismo de **nuestros** filósofos, que se apellidan cristianos à boca llena. Si **contra** el testimonio y declaracion de esta Iglesia, à que dicen **pertenecer**, insisten temerariamente en sus groseros errores **contra la propiedad** absoluta que ella tiene sobre sus bienes y riquezas; sino escuchan sobre este punto sus declaraciones, leyes y preceptos, podemos creer con sobrado fundamento que no pertenecen à este rebaño espiritual; que deben ser reputados por hereges y publicanos, y que deben por último ser excluidos de un cuerpo, cuya autoridad y cabeza no reconocen. De todo esto se deduce claramente que en haciéndoos ver las declaraciones y leyes que ha hecho la Iglesia sobre esta materia, es preciso confesar ó que es un herege y sacrilego el que no las escucha y atenta contra sus bienes; ó que debe oirlas y respetarlas precisamente si es un verdadero católico.

Pudiera citaros tantas, asi de los Concilios generales y ecuménicos, como de los nacionales y provinciales aprobados y reconocidos por toda la Iglesia universal; que sería nunca acabar, y traspasaría sin duda los límites de la brevedad, que debo proponerme, para no molestaros demasiado: os haré por lo tanto ver algunas de las mas principales, y ellas creo que bastarán para convencer à todo católico que no se obstine en negar nuestros ineluctables principios.

Comenzando, pues, por los siglos mas remotos de la Iglesia, se nos presenta en nuestra propia España el Concilio 3º de Toledo, donde se hallaban nada ménos que un Sn. Leandro y otros Padres de igual clase, quienes en el Cáuon 19 se expresan de este modo "Son muchos los que contra los estatutos de todos los cánones, de tal suerte pretenden que se consagren las Iglesias, que ellos han edificado; que segun

creen, no deben pertenecer à la disposicion del Obispo los bienes con que las han dotado. Este hecho se reprueba por lo pasado, y se prohíbe para lo futuro: de modo, que todos los bienes, segun la constitucion de los antiguos, deben pertenecer à la disposicion y potestad de los Obispos.

Por estas palabras se verá en primer lugar que desde los siglos mas remotos ya se hallaban todos los bienes de la Iglesia baxo la disposicion y administracion de los Obispos, sin que ninguna otra autoridad tuviese alguna parte ni pudiese entrometerse en disponer de ellos, aunque fuesen los mismos fundadores de las Iglesias, sin excepcion de calidad ni clase alguna, como lo declara este Concilio citando los antiguos Cánones, los quales, desde el primero de todos los que se celebraron en esta ciudad, se tenian siempre presentes para no definir ni decidir cosa alguna contra su autoridad y sus estatutos: asi es que desde el segundo de estos Concilios subscribian los Padres diciendo = *salva siempre la autoridad de los antiguos cánones* = y aun en el Bracarense de 560 se nota que precedió à todas sus determinaciones la lectura expresa de los cánones antiguos, asi de los Concilios generales, como de los particulares, para no faltar los Padres un ápice en las materias del dogma y de la moral, à las definiciones de la Iglesia universal, ni à las decretales de los romanos Pontífices. Se observa en segundo lugar que las disposiciones de la Iglesia se han mirado siempre en España con la mayor veneracion y respeto, hasta que una turba pedantesca de escritorillos aturdidos é ignorantes, ó de economistas impíos comenzaron à saltar por lo mas sagrado. Se nota en fin, que la doctrina ya sentada ni debe censurarse de ultramontana, habiendo nacido en nuestra misma patria, ni atribuirse tampoco à las falsas decretales, que nos inculcan nuestros escritores modernos, puesto que ellas fueron muy posteriores à los Concilios Toledanos.

El Concilio 4º de la misma ciudad celebrado por los años de 633 y presidido por Sn. Isidoro Arzobispo de Sevilla, reproduce y confirma abiertamente la misma doctrina, diciendo en el Cánón 33 las siguientes palabras: Tengan entendido los fundadores de la Basílicas que no tienen potestad alguna en

los bienes que dan à las mismas Iglesias, y que segun los estatutos de los Cánones, pertenece à la disposicion del Obispo à la Iglesia, como la dotacion de ella.

Aun mas expreso y terminante se halla sobre este punto el Concilio 6.^o de Toledo de 638 celebrado en el reynado de Chintila, quando al Cánón 15 dice lo siguiente: Siendo muy justo dar providencia oportuna sobre los bienes de las Iglesias de Dios; por lo mismo, qualesquiera bienes que justamente, ó de buena fe (segun vierte Loaya) hayan concedido los Príncipes à las Iglesias de Dios, ó concedieren en adelante, ó de qualquiera otra persona por qualquier título les fuesen justamente concedidos; mandamos que de tal suerte permanezcan bajo la potestad de dichas Iglesias; que por ningun caso, ni en ningun tiempo se las pueda despojar de ellos.

Aqui se debe observar primeramente que tan repetidos decretos de tantos Concilios dados por tan virtuosos y sábios Prelados como los Leandros, Fulgencios, Bráulios y otros de esta clase, sobre la custodia é inviolabilidad de los bienes eclesiásticos, no tienen otro móvil que la qualidad misma de estos bienes consagrados à Dios por los Soberanos y demas fieles, como que se designaban à su culto, à la manutencion de sus ministros y al alivio de los pobres, segun manifiestan los mismos oferentes; y el atribuir este zelo santo de los referidos Padres al interés ó codicia, ó à otra pasion siniestra, es una impiedad manifesta, y un fin muy ageno de unas personas tan elevadas, que sufrieron los destierros y cárceles por la pureza de la Religion, despues de dar sus propios bienes à los pobres de Jesucristo. Se observa juntamente que aquellas palabras repetidas tantas veces por los Concilios Toledanos diciendo: *segun lo establecido por los antiguos Cánones*, convienen hasta la evidencia que la conservacion íntegra é inviolable de los bienes eclesiásticos encargados exclusivamente à la disposicion y custodia de los Obispos, no era un mandato arbitrario de aquellos Padres, ni una práctica nacida de sus decretos; sino que se apoyaba sobre la práctica y doctrina uniforme que tuvo la Iglesia desde los principios de su fundacion, en que ya comenzó à poseer bienes y riquezas (come

era indispensable.) ofrecidas por los fieles á manos llenas para los objetos referidos. De aquí es que el Concilio Gangrense, celebrado en la mediacion del siglo 4.^o decreta expresamente en el Cánón 8.^o „que si alguno diese ó recibiese las oblatio-
 „ nes hechas á Dios por los fieles, á no ser el Obispo, ó el
 „ que estuviere encargado por éste para administrar y distri-
 „ buir las limosnas á los pobres, sea excomulgado igualmente,
 „ así el que da, como el que recibe.”

Las mismas disposiciones y mandatos se hallan en los Concilios Romanos de 502 presidido por el Pontífice Sn. Símaco; de 503 compuesto de mas de doscientos Obispos, y de 504. donde concurrieron mas de cien Prelados de oriente y occidente, declarando este último *por un grande sacrilegio* el que las cosas de la Iglesia sean convertidas en otros usos diversos del que deben tener, especialmente por los Príncipes y Magnates, que son los que mas deben zelar y procurar su conservación.

Pero sino se contentaren con tantos testimonios nuestros filósofos y economistas modernos; oigan á los Concilios generales y ecuménicos, en que les habla nada ménos que la Iglesia universal regida y asistida por el Espíritu Santo. El Lateranense general 1.^o de 1123, compuesto de mas de trescientos Obispos, dice expresamente en el Cánón 4.^o las siguientes palabras „Mandamos que los legos por virtuosos que
 „ sean, no tengan sin embargo facultad alguna para disponer
 „ de las cosas eclesiásticas.” Y habiendo enérgado despues todos los asuntos y negocios eclesiásticos al cuidado é inspeccion de los Obispos, prosigue diciendo: „Si alguno de los Prín-
 „ cipes ú otros legos se arrogaren la disposicion ó donacion
 „ de las cosas, ó de las posesiones eclesiásticas; sea penado y
 „ castigado como reo de sacrilegio.” *Si quis ergo Principum,
 aut laicorum aliorum dispensationem, vel donationem rerum,
 sive possessionum ecclesiasticarum sibi vindicaverit, ut sacrile-
 gus puniatur.*

Pero ya os oigo decir que los Príncipes y Gobiernos civiles, no se han mezclado jamas, ni se mezclan en las cosas espirituales, que es la propiedad y patrimonio de la Iglesia confiado por Jesucristo al zelo, cuido y jurisdiccion de esta

Santa Madre ; sino que solo se entrometen en los bienes temporales y otras cosas materiales , que son propias del Estado. Esta es la cantinela del dia , y este el argumento de que se valen nuestros economistas filósofos para usurpar los bienes eclesiásticos, cuyo pretexto reprueba tambien el Concilio, condenando como sacrilego al lego que se mezcle en disponer ó hacer donaciones de los bienes de la Iglesia , y declarando asimismo, segun nota oportunamente Tomasino, que los bienes temporales de los beneficios y de las Iglesias pasan á la clase de sagrados, y se hallan espiritualizados, por ser ellos los sacrificios y ofrendas hechas á Dios por los fieles, el precio de sus pecados; los tesoros de la pública caridad, y hallarse consagrados á objetos espirituales, como son el culto del Señor, el decoro de sus templos, la sustentacion de sus ministros y el socorro de los pobres. Por esta causa solo pertenece á los Obispos su administracion y distribucion, segun ordena este Concilio, y se ha observado siempre por los Príncipes y seglares verdaderamente cristianos desde los tiempos apostólicos,

Estas mismas disposiciones y mandatos se hallan repetidos en el Concilio general Lateranense 2.^o al Cánón 25, como fundados y tomados de los decretos y determinaciones de los Santos Padres, segun se expresa el mismo Concilio diciendo
 „ con arreglo á los decretos de los Santos Padres, los legos,
 „ por mas religiosos que sean, no tienen potestad alguna para disponer de los bienes eclesiásticos. *Juxta namque decreta Sanctorum Patrum, laici, quamvis religiosi sint, nullam tamen habent disponendi de ecclesiasticis facultatibus potestatem.*

Con mucha mas claridad se expresan sobre este punto los Padres del Concilio Lateranense 3.^o y undécimo entre los generales, los que en el Cánón 19, despues de haber referido las muchas vexaciones que sufria la Iglesia por los Cónsules y Magistrados de las ciudades, á causa de sus exacciones y contribuciones violentas; prohíbe, baxo la pena de excomunion, á todos los Cónsules y Magistrados públicos, y á otros cualesquiera que se hallen revestidos de alguna autoridad, el que impongan contribuciones á las Iglesias, ó disminuyan de algun modo la jurisdiccion de los Prelados eclesiásticos.

Por este Cánón, si se examina todo su contexto, que que aquí omitimos en gracia de la brevedad, se observará claramente que al mismo tiempo que condena el Concilio las exacciones violentas del poder y de la fuerza; dexa à los Obispos amplísimas facultades para que dispongan con su clero que las Iglesias contribuyan á socorrer las necesidades del Estado con subsidios voluntarios, quando no fueren suficientes las facultades de los legos. Prohibimos, dice el Concilio, baxo la pena de excomunion, semejautes atentos para lo sucesivo, à no ser que el Obispo y el clero vean tanta necesidad ó utilidad, que sin coaccion alguna tengan por conveniente que las Iglesias contribuyan con subsidios al alivio de las necesidades generales, quando no alcancen las facultades de los legos.

De estas palabras resultan muchos conocimientos y reglas que deben servir de guia à los Príncipes y Magnates, à fin de saber cómo han de comportarse y respetar los bienes de la Iglesia, para no ser reos de sacrilegio ante la Divina Magestad, por quien reynan ellos, como dice el libro de la Sabiduria.

Lo primero que por ellas se nos demuestra es que jamas se ha negado la Iglesia à concurrir con sus bienes al alivio del Estado y de sus necesidades, segun se ve por este Cánón y otros muchos de varios Concilios asi generales, como nacionales, que inculcan sin cesar y recomiendan este punto como propio de la caridad cristiana.

Se infiere lo segundo que aun para pedir los Príncipes à la Iglesia sus donativos voluntarios por medio de concesiones y bulas dadas por su Gefe y Pastor universal, ha de haber una necesidad verdadera ó utilidad manifiesta en el Estado; pues de lo contrario cometerá una grave culpa el Soberano, que pretextando necesidades, ó apatentando alguna pública utilidad en las exposiciones hechas para impetrar los subsidios temporales de la Iglesia, priva á Dios y à sus templos, à sus Ministros y à los pobres de aquellas sumas que estaban destinadas para el culto y para el socorro de necesitados. Asi se colige de aquellas palabras del Cánón que

dicen á no ser que el Obispo y el cléro vieren tanta necesidad ó utilidad, que sin coaccion alguna tengan por conveniente que las Iglesias contribuyan con subsidios al alivio de las necesidades generales.

Se deduce lo tercero que aun para impetrar licitamente de la Iglesia sus donativos voluntarios, es preciso que la necesidad sea tanta, que no alcancen á cubrirla las facultades de los legos, ó las contribuciones del Estado, como expresamente lo dice el mismo Cánón; de lo que se infiere tambien naturalmente que no proceden los Príncipes con buena conciencia, si en la repartición de los impuestos hechos á la nacion, gravan á la Iglesia con mas subsidios y contribuciones que á los seglares, aunque sea por modo de donacion voluntaria autorizada por bulas pontificias; pues asi no se cumple la cláusula expresa del Concilio que dice *quando no alcancen las facultades de los legos*: de suerte, que por esta determinacion de los Cánones, debe la Iglesia ser la última que se grave, en el caso de mucha necesidad; ó de una utilidad manifesta; siendo sin duda muy pecaminoso el que se guarde á los seglares aquella inmunidad en sus bienes y propiedades, que previene la Constitucion, y al mismo tiempo se despoje á las Iglesias y monasterios, ó por mejor decir á Dios, de sus propiedades legítimas, y se arrojen de sus casas propias á los Ministros del altar y del culto.

La misma disposicion y decreto del anterior Concilio se halla confirmado por el Lateranense 4.^o y duodécimo general al Cánón 44 y 46 en defensa de la libertad é inmunidad eclesiástica, la que no tan solamente los Santos Padres, dice el Concilio sino que hasta los mismos Príncipes seculares apoyaron tambien con muchos privilegios: aqui debemos observar de camino que el dicho Cánón 44 no solo declara que en los legos, por religiosos que sean, no reside facultad alguna para disponer de los bienes eclesiásticos; sino que prohíbe y anula toda constitucion civil, que sin el consentimiento de la eclesiástica, determine y ordene la venta ó enagenacion, no solo de los feudos; sino tambien de otras posesiones de la Iglesia, ó usurpe su jurisdiccion. *Cum laicis, quamvis reli-*

giosis, disponendi de rebus ecclesiasticis nulla sit attributa facultas, dice el Concilio, cum non Constitutio, sed destitutio, vel destructio dici possit, nec non usurpatio jurisdictionum. No por eso condena este Concilio los donativos voluntarios hechos por la Iglesia al Estado en sus necesidades urgentes; sino que conviene con el Lateranense 3º ya citado, en un punto tan recomendado y usado por aquella en todos tiempos.

Pudiera citaros en confirmacion de esta inmunidad y libertad de la Iglesia, sobre sus bienes y posesiones, tantos decretos y testimonios uniformes y constantes, quantos han sido los Concilios asi generales, como nacionales que en ella se han celebrado desde los principios del cristianismo, con las innumerables bulas de los Romanos Pontífices que la han gobernado. Pudiera traeros à la memoria las determinaciones del Concilio Constanciense presidido por el Papa Martino V à la sesion 43, donde en el capítulo 6º de la reforma se manda expresamente que ningun secular de qualquiera dignidad, aunque sea Imperial ó Real imponga ó exija del clero gabelas, subsidios ni contribuciones sin consulta y permiso del romano Pontífice, sopena de incurrir en las censuras de la Iglesia. Pudiera citaros al Concilio Lateranense 5º proveyendo tanto à la seguridad é inviolabilidad de los bienes de la Iglesia, como à su legitima dispensacion é inversion hecha por los eclesiásticos que los perciben. Pudiera citaros en fin, otros innumerables Cánones, declaraciones y decretos reconocidos y respetados por todas las naciones cristianas de oriente y occidente, y mucho mas por sus Emperadores y Reyes, que nunca se separaron de las determinaciones de la Iglesia mientras que fueron sus verdaderos hijos; y permanecieron fieles à Dios y à sus divinos mandamientos; pero ya se va haciendo demasiado tarde para abusar de vuestra paciencia, que se exercitará no poco en oirme, despues de haber soltado el dinero, y aquellas fincas, que con tanto placer como injusticia habeis comprado à los usurpadores de los bienes eclesiásticos: mañana, si Dios quiere, continuaremos nuestra sesion sobre esta materia, y quedareis

convencidos de vuestros, errores, si es que ellos han intervenido en vuestras compras tan solamente, y no ha precedido alguna mala fe de vuestra parte.

«Gana tiene Vd. de cansarse, dixo el loco acompañante, que habia estado escuchando con toda atencion, porque esta gente es inconvertible, en tocándose á largar la mosca, ó aflojar la bolsa que una vez apretaron: si en lugar de Concilios y Cánones, les traxera Vd. pesetas y pelucones del Brasil, los veria abrir mas ojos que un lince, á ver hácia dónde sonaban las tejoletas; pero Cánones á esta familia es echar margaritas á puercos y hablarles de unos entes, que tal vez se los figurarán con pelucas y sombreros, como al otro que afirmaba haber visto al Concilio de Trento sobre un caballo blanco, y que iba en su compañía el Parlamento de Paris con una capa de chamelote negro: si los Cánones que les cita se convirtieran en pesos fuertes, los veria Vd. aplicar el oido al instante, á ver por dónde venian, ó podian darle algun giro, aunque fuese á un cincuenta por ciento, porque esa es sola su comidilla, su doctrina cristiana, y ese es el único Dios que adoran en este mundo, y con quien tratan de partir al otro por medio de viático. En prueba de esto le contaré á Vd. un cuento, que tiene todas las señales de verdadero, segun las agallas que vemos en esta gente para convertirlo todo en substancia peruana. Se hallaba próximo á la muerte un platero de esta clase, que habia hecho grande fortuna con la desgracia agena, y despues de administrarle los Sacramentos como era debido, se quedó, para auxiliarlo en las últimas agonias un clérigo rico amigo suyo, que llevó para aquel trance un grande Crucifixo de plata que tenia en su casa en mucha estimacion, por tener concedidas varias indulgencias plenarias para la hora de la muerte: llegó en efecto el enfermo á los últimos momentos de su vida, y despues de haberle aplicado aquellas, le pusieron el Santo Cristo al lado de la cama: apenas lo vió el moribundo, quando desencaxando los ojos que antes tenia cerrados, los fijó de todo punto en la imagen del Señor con tanto ahinco, que creyeron todos sin duda que aquel hombre se habia trans-

formado repentinamente de un Mateo publicano, en un Seráfico Francisco viva copia del Crucificado. Poco tardaron los circunstantes en salir de su piadoso y errado juicio, porque apretándole un poco la agonía, se llegó á su cabecera el Padre, y poniéndole el Santo Cristo delante, comenzó á decirle con voz dulce y consolatoria: Señor D. N. aquí tiene Vd. al autor de la vida, y al medianero de nuestros delitos, que pueda aplacar las iras de su Padre Celestial airado justamente contra los suyos: ponga en él todo su corazón y su esperanza, y no será defraudado de ella en esta terrible hora. Á las voces continuas que le daba el Padre diciendole éstas ó semejantes razones, abrió el moribundo sus eclipsados ojos, y clavándolos atentamente en el Crucifijo, prorrumpió, vuelto hacia el auxiliante, en estas palabras ya desmayadas por la fuerza de su parasismo = *dígame Vd. Padre ¿ cuánto pensará ese divino Señor? porque quiero ver si puedo tomarlo á plazos, y hacer siquiera este negocio en lo que me resta de vida.* Así espiró luego entre las uñas del demonio, como sucederá sin duda á esta buena gente que es capaz de negociar hasta el mismo bautismo, si espera alguna utilidad pecuniaria de soltarlo y hacerse gentil por un solo medio por ciento.

Mucho, amigo-mío, nos enseñó el loco en este su agudo cuento, y nos hubiéramos estado oyendo sus sentenciosas razones por mas tiempo, si no nos instase ya la hora de partirnos, para dar lugar á la refacción de los enfermos: en la carta inmediata daré á Vd. cuenta de todo lo que ocurra mañana, puesto que ya me ha citado mi maestro para continuar con el loco avaro esta sesion tan importante: entre tanto manténgase Vd. bueno, y mande quanto sea de su agrado á este su inmutable amigo.

El Político Machucho.

formando repentinamente de un Místico guineano, con un de-
 rrecho Francés y a copia del Guineano. Poco tardaron los
 circunstancias en salir de su guiso y pronto juicio, por
 agitando un poco la agona, se llegó a su cabecera el Pa-
 dre, y poniéndole el Santo Cristo delante, comenzó a decir-
 le con voz dulce y consoladora: Señor D. M. ¿qué tiene Vd.
 al calor de la vida, y al nacimiento de nuevas ideas, que
 queda aplacar las mas de su Padre Celestial, siendo justamen-
 te contra los suyos: ponga en el todo su corazón y su cap-
 tividad, y no será destruido de ellos en esta terrible hora.
 A las voces continuas que le daba el Padre diciéndole estas
 y semejantes razones, abrió el moribundo sus ojos, y
 clavados atentamente en el Crucifijo, exclamó: ¿qué
 to facia el auxiliarme, en estas palabras ya desmayadas por
 la fuerza de su paraismo? ¿alguna Vd. Padre? ¿cuando he-
 rido me habia de morir? ¿por qué me habia de morir en
 brazos, y hacer sustraer este negocio en lo que me resta de
 vida. Así espuso luego entre las mas del delirio, como si
 celoso se le daba a esta buena gente que se cercaba de sus
 hasta el mismo paraismo, si espuso alguna utilidad pecunia-
 ria de volarlo y hacerse gentil por un solo medio por cielo.
 ¡Blasfemo, amigo mio! nos enseñó el loco en este su agudo
 cuento, y nos habíamos estado oyendo sus repugnancias ra-
 zones por mas tiempo, si no nos instase ya la hora de par-
 tirnos, para dar lugar a la reflexión de los enfermos: en la
 carta inmediata dare a Vd. cuenta de todo lo que ocurra ma-
 ñana, puesto que ya me ha estado en nuestro para con-
 con el loco, avrá esta sesión tan importante: entre tanto man-
 téngase Vd. bueno, y mande quanto sea de su estado a este
 en insalvable amigo.

En Político Mischuete.